

Ciudad de México, febrero 23 de 2017
Centro Histórico

Entramable Enrique:

Desde hace poco tiempo he decidido transformar mi acercamiento a los textos clave de mis maestros y amigos en una serie de epístolas que guarden en su seno, como viejas urnas, mi visión crítica, aunque menos revertida de la aridez y petulancia académica -con la que cada vez tengo más distancia y diferencias- y más bien abrigada por un aire de confesión y encuentro, como las buenas conversaciones ajenas a la preunción que lamentablemente despiertan numerosos foros públicos.

Estoy encantado con este acto que recupera el flujo arcaico de las plumas amigas y a distancia al tiempo que permite más soltura y respiración para el pensamiento y, por ende, para la escritura.

He leído con atención y una inevitable ligereza tu novelita Abelardo y Eloísa, y la concurrencia doble de ese rato fue un texto que te obsequio y en el que te situó en tu papel de sabio artífice con reminiscencias de aedo, así como el grato recuerdo de nuestro último desayuno, en el que platicamos largamente sobre la naturaleza del verdadero poeta.

Doy paso al obsequio y le cuelgo un abrazo para que te acompañe cada que quieras leer estas líneas.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR,
AEDO DE HOY, SABIO ARTÍFICE DE SIEMPRE

Uno de los temas centrales en el desayuno reciente con Enrique González Rojo Arthur, mi guía en el camino del quehacer poético, fue la naturaleza del poeta. Ese segundo jueves del año que ya corre nos centró en

el meollo de la condición imperante de quienes dan rienda suelta al discurrir de este modo particular que pareciera de versos y en realidad es de figuras, de modos de encarar y revelar los hechos y los seres, de - como el propio Enrique los llama en la "Entrada" de su novelena nuevo Abelardo y Eloísa - 'hallazgos', y cuya ejecución clave, mecanismo medular, es la metáforización. Esto ha significado, en mi propia recepción desde que conocí a Enrique hace casi veinte años, un proceso de traslación de una realidad anunciada y aceptada hacia un sorpresivo otro modo de ser que conecta cualquier situación o entidad sin reparos ni obediencias. Enrique ve y refiere la existencia en sus múltiples hechos del único modo que le es natural: el poético, el metáforizador.

Por ello es que escucharlo decir en aquel desayuno que poeta no es necesariamente

te quien hace poemas, quien incluso llega a publicar algunos, o más aun quien una temporada -en el infierno o en el paraíso o en el limbo, ¿qué importa?- tiene "presencia poética" en foros y medios, sino quien no puede dejar de hacer poesía a lo largo de su vida. Ahí, podría ser que bajo este portulado hubiera escritores que dejaron constancia de poesía mas no fueron poetas del todo, lo mismo que en sentido inverso poetas intensos, hondos, que no dejaron tal vez una huella im-
preta en los mecanismos sociales. Y esto tiene mucho sentido con ese complejo y profundo manual de Alfonso Reyes que citamos en ese desayuno del 12 de enero: El deslinde. En efecto, al inicio de esa obra titánica, Reyes aclara algo capital sobre lo literario para justamente deslindarlo de la literatura: ésta es la presencia ya palpable de un producto aceptado y adquirido, en

2
tanto aquél es el retrato mental antes
incluso de volverse en evidencia literaria
(es más, en muchos casos ni siquiera se
vierte y queda jugando al interior de
las mentes).

Bien, pues era relevancia que ve Re-
yes en lo literario no es tan distinta de la
que apunta González Rojo Arthur en lo
poético, en cuyo quehacer -nos revela- el
valor supremo es la libertad de acción:

en una palabra, generar deliberadamente
un mundo donde "lo poético" sepa per-
manecer incontaminado, al margen de la
vulgaridad de lo cotidiano y el prosaís-
mo de lo anecdótico.

Es entonces Enrique un poeta que re-
vela, sí, pero ante todo restituye. No es
tanto que haga ver a sus escuchas y lec-
tores algo nuevo o insospechado, sino pre-
cisamente algo que no veían o, mejor to-
davía, un modo de ver ese algo que el su-

jeto receptor -contaminado, vulgarizado, proliferado por la realidad habitual, normal, anecdótica- ni se había imaginado. Pero el poeta, Enrique, resistía al receptor en ese modo de ver, de percibir.

Todo lo anterior adquiere relevancia en los términos de Enrique y el poeticismo a estas alturas de su obra. Lejos de una fiebre vanguardista de juventud o incluso de un acto explicatorio de la forma de operar de su poesía, el poeticismo en Enrique me parece cada vez más una constancia conconstancial que lo acompaña todo el tiempo y lo hace -Midas visual- tocar lo que mira y develarlo de un sorpresivo nuevo modo, subrayando siempre en ese quehacer un logro, que hace patente el propio poeta en sus Reflexiones sobre la poesía: «El poeta es, entonces, el que logra externalizar su personalidad poética co au-

tenticidad) mediante su eficacia expresiva». Enrique es eficaz, cierto es, por romper con la tendencia a lo obvio o con la exaltación de lo unívoco, pero ante todo por hallar lo inesperado en cada acto de decir, que implicó a su vez un sorpresivo acto de ver.

El axioma capital para los propósitos de los novelistas en general y de Abelardo y Eloísa en particular es que sin importar los enfoques o registros poéticos de Enrique, el mirar metafórizante va siempre como brújula. Desde Luz y silencio y Dimensión imaginaria está ya marcado el astrolabio y el acto poeticista está lo mismo en un largo discurso como el de José Revueltas en el Parque Hundido a los perros que en un haikú como su "Arte poética" o en uno de sus múltiples sonetos, o bien en poemas descriptivos o definitorios (como los cuadros inexistentes de una galería

o los viejos clarificados, respectivamente). Con todo, esto representa sólo la mitad del arunto capital en realidad, pues en Enrique González Rojo Arthur May una fuerte dimensión narrativa que ha bogado a lo largo de su obra sin convertirse formalmente en cuento o narrativas mayores, sino en una consciente y voluntaria ejecución poética que desea contar sin perder de vista ni de habla el germen poético metafORIZADOR.

Y así van juntos, acto metafórico y acto narrativo, aronándose en veces a la pieza arcaica que sin ser cuento ni anécdota llamamos simplemente mito. Sí, así es, nuestro Enrique, el tercer Enrique, es en realidad también un heredero de esa añeja estirpe de poetas que los antiguos comentaristas griegos llamaron con el mote de mythopoietái para distinguirlos de los mythologistái; es decir,

un creador (poietés, poeta) de mitos y no³ sólo un relator (logistés) de los mismos. Entre uno y otro habría la diferencia exponencial que hay entre Homero y un cuenta cuentos. Parece sencillo dicho así, pero no todo poeta, bajo tal estatuto, hace poemas en verdad. Una gran mayoría sólo refiere lo que para, o lo resume, o lo expone; sólo unos cuantos poseen la capacidad de crear sus mitos de vida metaforizando y, en algunos casos, como Enrique en sus novelenas, recrear los viejos mitos para reinsertarlos en el hoy con el mismo y crecido peso atávico.

Si Enrique fuera un poeta arcaico sin duda lo llamaríamos aedo sobre todo en relación con sus novelenas. Ya desde Para deletrear el infinito arámbros a ese viejo afán de narrar metaforizando para ejecutar mitos, tanto en referentes tan clásicamente claros como el poemario "Los tra-

bajos de Hércules" cuanto en la pareja que en "El libro de los pronombres" sale a pasear al nosotros. Más específicamente llamaría yo a Enrique rapsoda, pues la mentalidad griega que creó el término no sólo lo confeccionó pensando en el canto (odé, oda), sino en un canto que fluye (rháo o rhéo -recordemos el pánta rhéi de Heráclito-). Enrique, en efecto, hace fluir un canto en la corriente narrativa llevando el timón metaforizador del acto poético, poeticista.

Pero eso no es todo. En una época griega posterior al dominio de los aedos aparecieron los llamados líricos, los poetas como May los concebimos, cantando incluso al compás de la lira o la flauta. Y en esa otra época ya no se le llamaba aedo sino sophós (sá, sabio). Y gracias al llamado príncipe de esos poetas líricos, Píndaro, se acuñó la

noción de sophós tékton (sabio artífice o sabio artesano). ¿En virtud de qué? De una conjunción de capacidades que ya he descrito y que relucen en Abelardo y Eloísa, en Los colmillos del dragón (que paladeé con los ojos como arcaico escucha en otro desayuno del año pasado), en Salir del laberinto y en cuanto novelena haga Enrique.

En particular, Abelardo y Eloísa está bien abrigado con una "Entrada" de suficiente pero autocrítico-poético para dejar clara la naturaleza del novelena sin ahondar para despertar la prisa del lector por comenzar la obra, así como por un "Post-scriptum" que ya sólo abre el corolario anecdótico para sembrar la actualidad sorpresiva en el recuerdo de los personajes legendarios. La distribución de las catorce secciones permite el aire de esos relatos míticos o legendarios o hasta hagiográficos que iban demerzando en

partes o bloques la historia (me viene a la mente el más viejo y anónimo Fausto, lo mismo que el medieval Roberto el diablo).

Pero no es sólo el relato mítico reelaborado. Es la recreación del mito desde la visión y la mano creadoras de Enrique.

Hay figuras (hallazgos) inesperados en cada estrofa ("el oro encumbrado del organismo", "estoy haciendo el inventario de los lugares de tu cuerpo", "el temor fue la cuchilla encargada de tu ruina", por citar sólo tres al aire), pero más importante aun es la aparición de esos momentos reflexivos que, sin perder fuerza poética y sin cargarse de un excesivo moralismo, se ha dado en llamar máximas o sentencias y que esa lengua griega arcaica llamó gnómai. Enrique posee, como Píndaro, por doris bien calculadas, ese saber gnómico que tampoco es común porque no todo poeta, lo debemos decir, es sabio -o, mejor dicho, el verdadero poeta, el pro-

fundo, es el rabio, el que sabe engarzar⁴
en un todo armónico aspectos tan com-
plejos como el acto metaforizante, el na-
rrar mítico y la sentencia gnómica.

En la última sección del poema, "El
temor" Enrique por ejemplo para revista a
las mutilaciones corporales para cerrar
aseverando con alcances universales.

Pero lo peor de todo,
lo que no tiene nombre,
lo que, con su reguero de sílabas,
envenena la lengua,
es la castración del espíritu.

Abelardo y Eloísa es un mito nuevo que
fue arcaico, un poema de constantes sor-
presas poéticas, pero ante todo una lección
del engarzado preciso en una conjunción
de elementos de la grande, la honda
literatura. Enhorabuena por Enrique, un
clásico vivo ya, un aedo-sabio artífice.

Lernando
Corona